

FÁTIMA GORDILLO SANTIAGO

Ensayo sobre las palabras

Sobre la creación y el sentido
de los nombres de las cosas



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Libros singulares

ENSAYO SOBRE LAS PALABRAS

Fátima Gordillo

1.ª edición: octubre de 2022

Corrección: *T3Edi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *T3Edi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 2021, Fátima Gordillo Santiago

(Reservados todos los derechos)

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-909-8

Depósito Legal: B-11.439-2022

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	9
PARTE 1	13
CAPÍTULO 1. DE PENSAR A HABLAR, DE HABLAR	
A PENSAR	15
¿Qué fue primero, la gallina o el huevo?	18
El otro lado de la Luna	22
¿Por qué los monos no aprendieron a hablar?	25
Hablemos de conceptos.	30
CAPÍTULO 2. EL CAMINO A TRAVÉS DEL ESPEJO	35
La máquina como espejo.	41
Sesgos y prejuicios.	51
El hombre y lo demás	60
CAPÍTULO 3. IMAGINA QUE.....	69
Simbolizar para entender.	75
Sentido y contexto	81
CAPÍTULO 4. DE LA ORALIDAD A LA ESCRITURA	89
Toros, leones, serpientes, pájaros.....	91
Primero la idea, luego el sonido.	95
Pensar sobre uno mismo o escribir sobre uno mismo	99
PARTE 2	111
CAPÍTULO 1. EL SIMBOLISMO EN LAS PALABRAS	113
Dioses de la palabra.	117
CAPÍTULO 2. PALABRAS DE MAGIA Y PODER	139

Los nombres correctos.	145
Una lengua para hablar con los dioses	151
Las cábalas de los cabalistas	154
La cábala china de las mutaciones	165
La alquimia que convierte el plomo en oro	173
PARTE 3	181
CAPÍTULO I. LA INTENCIÓN EN LA PALABRA	183
EPÍLOGO.	251
BIBLIOGRAFÍA	255
Libros	255
Artículos	257
Webs.	258

AGRADECIMIENTOS

Hay mucho que agradecer en la elaboración de este trabajo.

A mis padres, que me enseñaron a hablar.

A Roberto, mi marido, por el respeto con el que me vio dedicar tanto tiempo a escribir, sin preguntar qué hacía y sin intención alguna de leerlo.

A mi hija Laura por haber sido la primera lectora, correctora y comentarista de este texto.

A mi hija Alba, porque algunas ideas de este trabajo surgieron de acaloradas conversaciones con ella.

A Flor por el cariño con que me lee y por su impulso para lanzarme a difundirlo.

A José Manuel por su revisión científica y por sus aportes de ejemplos y anotaciones.

A Antonio, mi primer profesor de oratoria, por su paciencia y por meterme, además, de cabeza en el teatro.

A M^a Dolores, porque me dio a conocer el Crátilo y porque sin ella nunca habría entrado en el mundo del periodismo.

A Maite, por el minucioso trabajo de corrección.

Y a todos aquellos, que son muchos, que ayudaron a encender la chispa.

INTRODUCCIÓN

Confucio decía con frecuencia que bastaba con que un gobernante lo emplease, para poder realizar muchas cosas en un año y lograrlo todo en tres. Un día, un discípulo le preguntó: «Si un rey fuese a confiarte un territorio que pudieras gobernar conforme a tus ideas, ¿qué es lo primero que harías?». Confucio respondió: «Mi primera tarea sería sin duda rectificar los nombres». Al oír esto, el discípulo quedó intrigado: «¿Rectificar los nombres? ¿Y ésa sería tu primera prioridad? ¿Estás bromeando?». Confucio tuvo que explicar: «Si los nombres no son correctos, si no están a la altura de las realidades, el lenguaje no tiene objeto. Si el lenguaje no tiene objeto, la acción se vuelve imposible y, por ello, todos los asuntos humanos se desintegran y su gobierno se vuelve sin sentido e imposible. De aquí que la primera tarea de un verdadero estadista sea rectificar los nombres».¹

La primera vez que leí esta anécdota sobre Confucio, quedé tan perpleja como su discípulo. También me pregunté si el venerable anciano no estaría de broma. Sin embargo, después de muchos años trabajando en comunicación, intuí fugazmente la asombrosa inteligencia que había detrás de la prioridad de Confucio de «rectificar los nombres» antes de poder gobernar.

No se alejaba mucho Platón de Confucio al afirmar: «...La institución de nombres no es tarea para un cualquiera, ni para gente sin talento. Y Crátilo habla bien cuando dice que hay nombres que son naturales a las cosas, y que no es dado a todo el mundo ser artífice de

1. Del libro *Analectas*, atribuido a Confucio, aunque se trata fundamentalmente de anécdotas y palabras recogidas por sus discípulos tiempo después de su muerte. La versión y notas, magistrales, son de Simon Leys.

nombres; y que sólo es competente el que sabe qué nombre es naturalmente propio a cada cosa, y acierta a reproducir la idea mediante las letras y las sílabas»,² y menos difería aún al otorgar la capacidad de instituir los nombres al buen legislador.³

Durante años he dado clases de oratoria a todo tipo de personas. El primer ejercicio siempre es el mismo,⁴ dado que permite hacer una evaluación rápida de la persona. También sirve para que el alumno se enfrente a su primera prueba en público, con algo que le permitirá ir construyendo una base paulatinamente más sólida para aprender a hablar ante otros. Ese ejercicio consiste, sencillamente, en la descripción de un objeto cotidiano (una jarra de agua, un bolígrafo, un zapato, un pasador para el pelo...), y hacerlo como si se lo tuviera que explicar a alguien que nunca ha visto algo igual. En las clases de oratoria, las correcciones iniciales más habituales suelen ser del tipo: «no te muevas tanto», «no estés tan rígido», «no te metas las manos en los bolsillos», «mira al público», «cuidado con las muletillas»...⁵ y demás actitudes corporales de inseguridad, dado que los nervios son los que peores pasadas nos juegan a la hora de expresarnos en público. Sin embargo, cada vez con más frecuencia observaba que la dificultad de las personas no estaba en cómo hablar, sino en qué decir. Básicamente, no sabían cómo hacer una descripción, y era necesario parar la clase para hacer reflexionar a la persona no sólo sobre el objeto en sí, sus características y su función, sino también sobre cómo ponerse en el lugar del

2. De *Crátilo*, de Platón, en una versión de 1841 de las obras completas elaborada por Patricio Azcárate.

3. Para Platón, el legislador es el «artífice» de los nombres, pero es el dialéctico el que debe juzgar si los nombres son los adecuados a las cosas o no, dado que el dialéctico es el que los usa. De la misma manera que el herrero es el que fabrica las herramientas del carpintero, pero es el carpintero el único capaz de saber si estas herramientas son las adecuadas y más correctas para realizar su trabajo o no.

4. No es una técnica de mi invención, sino la que a mí me enseñaron mis profesores y con la que ellos mismos aprendieron.

5. Muletilla, en referencia a «muleta», suelen ser palabras que repetimos de manera inconsciente al hablar cuando no sabemos muy bien qué decir o cómo decirlo: «bueno», «¿no?», «entonces...». Son un apoyo para el que habla, pero denotan falta de control sobre lo que se dice, aparte de distraer y molestar enormemente al público.

otro para hacerle entender qué era y para qué servía ese objeto. Estas personas buscaban las clases de oratoria creyendo que su problema era el miedo a hablar en público, cuando el problema real era que, sencillamente, no sabían cómo expresarse, porque no sabían cómo pensar, y no sabían cómo pensar porque nunca habían reflexionado sobre las cosas, ni sobre las más simples como una jarra de agua, ni sobre otras más complejas como el amor. Se puede usar una jarra de agua sin necesidad de saber cómo se llama, pero no podremos construir una ni explicarle a nadie cómo hacerlo sin saber qué es. A grandes rasgos igual pasa con el amor, la justicia, el valor o la generosidad. Si no pensamos sobre ello para conocerlo, no podemos reconocerlo. Quizá la clave esté justamente en lo que dijo Confucio y debamos conocer primero los nombres correctos.

La palabra castellana «conocer» proviene de la raíz indoeuropea gno-.⁶ De esa raíz deviene el *yo sé* sánscrito, el *yo reconocí* armenio, el *saber* gótico y el *conocer* lituano. En latín tenemos el *gnoscere*, que no es simplemente una observación de las cosas, sino que implica un aprendizaje de las mismas: *gnoscere* es «aprender a conocer a través de los sentidos». Para aprender es necesario poner parte de uno mismo, observar, analizar y pensar sobre las cosas que acontecen e integrarlas a uno; por eso es necesario primero «cogerlas», apresarlas. Aprender (de la raíz gheng-, que significa *coger* o *agarrar*; de ahí viene también *aprehender*) es un esfuerzo que requiere valor (también de la raíz gno- proviene *denuedo*, que significa valentía e intrepidez). El valor es lo contrario a la aprehensión. En esta última palabra, aunque proviene de la misma raíz que aprender, a causa de la partícula latina *hensum* (preso) el valor necesario para conocer se convierte en un temor infundado que nos impide aprender. Sin embargo, ningún daño nos puede causar el conocimiento de las cosas, y sí mucho su desconocimiento.

Asimismo, para acercarnos a esta palabra, viene bien analizar cada una de sus partes. «Conocer»⁷ tiene como madre a la latina *cognoscere*,

6. Para todas las raíces indoeuropeas, he usado el *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, de Edward A. Roberts y Bárbara Pastor.

7. He podido completar y añadir algunas etimologías gracias al portal web <http://etimologias.dechile.net>

pero sus tatarabuelas indoeuropeas son la ya mencionada gno- y kom-, que indica *junto*, *cerca* y *con*, porque para conocer algo es necesario acercarse a ello, salir a su encuentro (encontrar) y ponerse frente a ello (contra). Para conocer algo, hay que ir hacia ello con valor y cogerlo. Sólo poseyendo el conocimiento de una cosa podremos luego contarla a otros; gno- y el sufijo -ro- dieron lugar a la palabra latina *gnarus* (conocedor), de donde deriva *narro*, que es, sencillamente, narrar.

Con este inciso etimológico, trato de introducir en el lector la idea de que muchas de las dificultades que la gente suele tener para expresarse provienen de la falta de conocimiento del significado real de las palabras. Con el tiempo, el uso y las conveniencias, muchos conceptos han sufrido un proceso de maquillado estético tan feroz que han dejado de significar lo que significan y han quedado, literalmente, vaciadas de su contenido, ocupando su lugar otra cosa totalmente diferente. Es como si en el bote de la sal hubiésemos puesto azúcar. Pasará entonces que, a menos que devolvamos cada cosa a su lugar, cada vez que hagamos tortilla de patatas nos saldrá dulce, y llegará un momento en que nos acostumbraremos a usar el salero para hacer pasteles, y nunca entenderemos cómo fue que antes la gente le echaba sal a la tortilla.

La intención de este trabajo no es suplantarse a filólogos y lingüistas. Este texto parte de mi propia necesidad de entender la relación entre lenguaje, pensamiento y acción. También surge de años de acumular textos, libros, artículos y estudios de muy diversos ámbitos, desde la neurolingüística al simbolismo, sobre este tema. Un material que ya requiere saber si, a pesar de sus muy diversas, y en apariencia divergentes, procedencias, existe un lugar donde puedan coexistir sin perder su coherencia. La experiencia me ha enseñado que la mejor forma de aprender es enseñando a otros o, en este caso, escribiendo para otros. Mi deseo es que este ejercicio personal sirva para desentrañar, aunque sea un poco, el sentido correcto de los nombres.

PARTE 1

CAPÍTULO 1

DE PENSAR A HABLAR, DE HABLAR A PENSAR

«El rabí le explicaba el universo
Esto es mi pie; esto el tuyo; esto la sogá
y logró, al cabo de años, que el perverso
barriera bien o mal la sinagoga.

Tal vez hubo un error en la grafía
o en la articulación del Sacro Nombre;
a pesar de tan alta hechicería,
no aprendió a hablar el aprendiz de hombre».¹

Quizá una de las cuestiones más interesantes planteadas tanto por la antropología como por la biología, la teología y la filosofía es cómo y por qué surge el lenguaje en el ser humano.

Todos los seres vivos se comunican. De una forma o de otra existen códigos que permiten que un individuo transmita información a otro e, igualmente, que sea capaz de captar los códigos del medio y transformarlos en información valiosa para la propia vida del individuo. Incluso dentro del reino vegetal se han descubierto sorprendentes mecanismos de comunicación entre los distintos árboles que conforman un bosque.² Se sabe también de muchas especies animales que

1. Extracto del poema de Jorge Luis Borges, *El golem*.

2. En 2017, la ecóloga de la Universidad British Columbia Suzanne Simard descubrió que los distintos árboles de un bosque tenían un sistema subterráneo de

además de comunicarse entre ellas mediante sonidos, vistosos colores u olores, también son capaces de pensar, en el sentido de poder analizar una situación, establecer una relación causa-efecto y elaborar una respuesta.³

De los muchos casos que la ciencia ha investigado con resultados semejantes, uno de los más interesantes es el realizado por una logopeda norteamericana, Christina Hunger,⁴ que ha enseñado a su perra Stella una forma de comunicarse con los humanos mediante botones. Antes de que un niño cumpla los dos años, sus habilidades comunicativas ya habrán alcanzado las de un perro; son lo que se llama «habilidades prelingüísticas». Sin embargo, el niño seguirá avanzando en sus habilidades hasta alcanzar un desarrollo completo del lenguaje y el pensamiento, mientras que el perro se mantendrá toda su vida anclado en ese momento prelingüístico.

Poco a poco, Hunter ha ido enseñando casi una treintena de palabras a Stella, de manera que ahora puede hacer combinaciones sencillas con las palabras para conformar frases cortas, pero muy claras. La

comunicación consistente en una red de hongos interconectados entre ellos que, a su vez, se interconectaban con las raíces de los árboles. A través de esa red, los árboles compartían unos con otros carbono, agua, nitrógeno y fósforo, así como información sobre otros árboles, como el ataque de una plaga u otro tipo de amenazas. Lo más asombroso del descubrimiento fue que identificó una serie de «árboles madre», que eran los más antiguos, por lo que contaban con mayor número de interconexiones. Cuando los nuevos plantones empezaban a crecer, los árboles madre les transferían elementos vitales, ayudándoles en su desarrollo.

3. El nº 11 de la revista *Mente y Cerebro* (2015) publicó, dentro de su especial dedicado al lenguaje y la comunicación, un artículo de Gottfried Vosgerau donde recogía los resultados de un experimento llevado a cabo por Nicola S. Clayton y Anthony Dickinson (Universidad de Cambridge), en el que observaron a los arrendajos después de esconderles dos tipos de alimentos (unos que tenían mejor sabor y otros que tardaban más que los anteriores en descomponerse). Cuando se les permitía buscar la comida antes de que los más ricos se echaran a perder, se iban directamente a desenterrar ese alimento. Sin embargo, cuando se les obligaba a esperar, entendían que el primero ya estaría estropeado, e iban directamente a por el que no tenía tan buen sabor pero estaba mejor conservado. Esto demostraba que habían sido capaces de relacionar información espacial y temporal, y tomar una decisión al respecto.
4. La web de Christina Hunger, donde expone todo el trabajo hecho con Stella, así como los vídeos, se pueden encontrar en www.hungerforwords.com

ventaja de saber qué se quiere es que es muy fácil encontrar la forma de acérselo saber a otro. En los vídeos que Hunger comparte a través de su página web y en redes sociales, se puede ver, por ejemplo, a Stella pulsando los botones en orden para que suenen las palabras «look, look, look, look, look... come outside», que puede traducirse aproximadamente por «mira, mira, mira, mira, mira... vamos fuera». Stella es capaz de interactuar en conversaciones muy sencillas relacionadas habitualmente con comer, pasear y jugar.

Todo esto demuestra que la comunicación es una habilidad innata de los seres vivos, y que existe en ellos la capacidad de aprender y desarrollar formas de expresión, gracias a que tienen la posibilidad de establecer relaciones y tomar decisiones sobre las respuestas más adecuadas en cada caso. Dado que tanto las plantas como los animales y los humanos cuentan con sistemas de comunicación, análisis de su entorno, elaboración de respuestas y *feedback* para afianzar el aprendizaje, la cuestión que debemos plantearnos es ésta: ¿qué es lo que hace que la comunicación humana sea algo completamente diferente?

Los grandes simios son los más cercanos genéticamente a los humanos. Su ADN se diferencia del nuestro apenas en un 5%, y han demostrado tener unos niveles de inteligencia y desarrollo emocional realmente complejos en comparación con el resto de animales: sienten envidia, celos, afecto, tristeza, alegría, empatía..., muestran comportamientos sociales sorprendentes, son capaces de fabricar herramientas y ha sido posible incluso establecer una comunicación hablada con ellos mediante lenguaje de signos.

En 1972, sólo un año después de nacer, Koko, una gorila del zoo de San Francisco, comenzó un proceso de aprendizaje que la haría mundialmente famosa pocos años más tarde. La psicóloga de animales Francine Patterson llegó a enseñar a Koko más de mil palabras en lengua de signos y consiguió que llegara a entender más de dos mil palabras en inglés, con lo que ésta podía interactuar en conversaciones sencillas con bastante soltura. *National Geographic* publicó en una portada una curiosa imagen: un selfi de Koko, una instantánea que había tomado de ella misma frente al espejo como señal, decía el reportaje, de autorreconocimiento.

Ya sea mediante botones como Stella o por lengua de signos como Koko, los animales pueden aprender palabras y reproducirlas de manera adecuada para interactuar con nosotros. También son capaces de pensar de forma razonada, aunque sea una forma muy básica, establecen relaciones y prevén consecuencias. Disponen de manera innata (como hemos visto) de mecanismos para facilitar la comunicación y son capaces de aprender signos y palabras si se las enseñamos, pero no pueden desarrollar un lenguaje con el que expresar su pensamiento, reflexionar sobre sí mismos o proyectar dicho pensamiento hacia regiones de complejidad y abstracción, como el lenguaje humano nos permite a nosotros.

¿Qué fue primero, la gallina o el huevo?

La ciencia no consigue ponerse de acuerdo sobre esto. Existen dos teorías en la actualidad sobre el origen del lenguaje:

1. Concepción comunicativa del lenguaje: defiende que la realidad es independiente de que el ser humano tenga capacidad de conocerla o no. Señala también que, para conocer, no necesitamos a los demás, no necesitamos intercambiar nada con otros, sino que nos bastamos a nosotros mismos para comprender la realidad de las cosas que existen. En cuanto al lenguaje, es una creación por convenio de una serie de elementos para poder describir lo que pensamos y, por último, considera que el ser humano tampoco necesita del lenguaje para crear conceptos. Hasta el siglo XVIII fue la teoría predominante.
2. Concepción cognitiva del lenguaje: considera, entre otras cosas, que el vocabulario y las estructuras propias de cada lengua influyen en la forma de pensar de los pueblos. De alguna manera, el lenguaje como instrumento no es del todo indiferente del pensamiento, por lo que las estructuras lingüísticas influirían sobre las mentales. Hoy día ésta es la teoría más aceptada, especialmente tras el descubrimiento de las neuronas espejo, que muestran cómo, entre otras cosas, la mente se desarrolla a partir del uso del lenguaje.

Como otras muchas cosas en la historia, las neuronas espejo se descubrieron casualmente. Mientras los científicos trataban de investigar, una a una, las neuronas específicas del movimiento de la mano en macacos, dieron con otra clase de neuronas que, sorprendentemente, mostraban un comportamiento mucho más interesante y revelador que el de las motoras. Básicamente vieron que había unas neuronas en concreto que se activaban cada vez que el mono cogía una cosa, pero que esas mismas neuronas se activaban igualmente cuando el mono veía a otra persona coger algo. Un descubrimiento muy sugerente para los científicos que defienden la teoría de que comenzamos a pensar cuando logramos bajar de los árboles y liberar nuestras manos para desarrollar herramientas.

Las neuronas espejo son las responsables de que, de manera innata, imitemos los comportamientos que vemos como forma de aprendizaje. Con la particularidad de que conforme más se aprende, más se refina el sistema, más activas se vuelven estas neuronas y más permiten aprender. En lo que respecta al lenguaje, aprendemos a hablar tratando de imitar sonidos, pero en la medida en la que obtenemos respuesta a nuestras primeras vocalizaciones, en nuestro cerebro comienzan a producirse multitud de reacciones encadenadas que depuran y refuerzan el sistema; así es como seguimos imitando para seguir aprendiendo.

Ahora bien, si todo el aprendizaje se basara sólo en la imitación, seríamos copias los unos de los otros mientras estuviésemos expuestos a los mismos estímulos. En la realidad esto no ocurre así. Sabemos que, a pesar de que hay un sistema automático reactivo, y de que nuestras neuronas espejo se activan para imitar lo que ven, existe un aspecto en el ser humano que no está presente en otros seres vivos: la conciencia y la capacidad para, con cierto criterio, tomar decisiones sobre qué hacer, independientemente del sistema automático de imitación.

Aunque por lo general podemos funcionar y sobrevivir sólo teniendo activo ese sistema automático, disponemos de la capacidad de tomar decisiones contrarias o divergentes a este sistema. Si un animal se ve amenazado por un peligro, su instinto le hará reaccionar automáticamente para salvar su vida echando a correr, cosa que aprenderán sus crías al verlo, reforzando su propio instinto en ese sentido. En el caso de los seres humanos, podemos llegar a neutralizar conscientemente

la parte instintiva y decidir emprender otras acciones. Así, aunque las neuronas espejo nos permiten imitar lo que vemos, lo cierto es que no nos pasamos todo el tiempo copiando a los demás: podemos elegir qué imitar y qué no; tenemos la posibilidad de controlar lo que queremos aprender.

Marco Iacoboni es un neurocientífico italiano, autor del libro *Las neuronas espejo*,⁵ que actualmente desarrolla su labor en la Universidad de California. Iacoboni es uno de los principales investigadores en este campo y ha estudiado las relaciones de las neuronas espejo con el aprendizaje, la empatía, la neuropolítica, el *marketing*, el libre albedrío, el habla y el teatro, entre otras muchas cosas.

En una entrevista que el investigador tuvo con el afamado (y ya fallecido) divulgador Eduard Punset para el programa de televisión *Redes*, explicaba la implicación a nivel cerebral y psicológico del trabajo que realizan las neuronas espejo. De alguna manera, cuando vemos al otro y nuestras neuronas espejo se activan, nosotros mismos nos volvemos espejo de los demás. Ésa es también una de las claves de la empatía, por ejemplo. Cuando vemos a alguien tropezar, reaccionamos de manera similar a si fuésemos nosotros los que han sufrido ese golpe; así que estas neuronas no sólo nos ayudan a imitar acciones o sonidos, también nos permiten conectar con los demás, sintiendo de forma parecida a como siente el otro. Son, como explica Iacoboni, una de las razones por las que podemos emocionarnos o pasarlo mal viendo una película, una obra de teatro o leyendo un libro: aunque no sea real, aunque no nos esté pasando a nosotros en la realidad y sepamos que no es verdad, podemos sentir como si así fuera.

Otra interesante característica de estas neuronas es que su principal foco de atención no es lo que nosotros, como individuos, valoramos o hacemos, sino el hecho en sí, ya sea que lo hagamos nosotros o que lo hagan otros. Así, aunque nosotros disfrutemos más viendo programas de cocina que cocinando y nos guste más el guiso de nuestra abuela que el de nuestra madre, las neuronas espejo reaccionarán exactamente igual, porque no les importa quién lo hace, sino lo que se hace.

5. Publicado por Katz Editores.

¿Podríamos imitar comportamientos si no hubiera neuronas espejo?, ¿podríamos seguir aprendiendo? Según Iacoboni, sí que podríamos seguir imitando, pero no podríamos establecer conexiones emocionales con los demás para inferir su estado de ánimo o sus futuros comportamientos. No habría conexión humana, sólo una imitación robótica.

Aunque las neuronas espejo no son exclusivas del ser humano, su funcionamiento en nosotros sí que es distinto del resto de especies. Si nos ponemos a hacer mímica delante de un mono, haciendo como que olemos una flor sin tener la flor en la mano, o a hacer como que leemos un libro sin tener el libro entre las manos, el mono no ofrecerá ningún tipo de respuesta; sus neuronas espejo no se activarán, porque no pueden imaginar lo que no ven. Sin embargo, cuando un ser humano ve a otro hacer el gesto de pasar las páginas de un libro, sus neuronas espejo se activan aunque el objeto no esté presente, porque es capaz de comprender la acción independientemente del objeto y puede imaginar el libro aunque éste no esté.

El área de Broca es la región principal del lenguaje en el cerebro y uno de los lugares donde más neuronas espejo se han encontrado. También se sabe que las neuronas espejo tiene un papel muy importante en el movimiento de las manos. La razón, al parecer, es que una de las cosas que primero usamos para comunicarnos con los demás son las manos. Incluso, cuando ya manejamos bastante bien el lenguaje, seguimos usando nuestras manos para apoyar y resaltar lo que estamos diciendo y, por eso mismo, podemos ser muy hábiles interpretando los gestos y los movimientos de las manos de otras personas.

Por lo general, damos más importancia a lo que decimos nosotros que a lo que dicen los demás, pero a nuestro cerebro, en realidad, eso le da igual, ya que activa la misma zona para hablar que para escuchar hablar a otros. El lenguaje no tiene dos canales, uno para hablar y otro para escuchar o entender; tiene uno, el del lenguaje.

Otro elemento de interés en las neuronas espejo es su capacidad para captar la intencionalidad de los actos. No se trata sólo de observar para repetir, la imitación tiene un propósito, y ese propósito es comprender al otro. Si observamos a alguien coger un libro, las neuronas espejo se activan, pero su actividad será mucho mayor si ven a una persona con un libro medio abierto sobre una mesa y un lápiz en la mano, junto a una

taza de café vacía. En este caso, nuestras neuronas estarán trabajando al máximo para interpretar una escena mucho más compleja, una escena en la que alguien que necesita gafas para leer quizá desea no dormirse mientras lee. Además de captar la intención, también se vinculan con la emoción, por lo que los estudios relacionan también las neuronas espejo con la empatía, esto es, la capacidad para conectar emocionalmente con los demás. Es como si el cerebro estuviera más enfocado en conocer, entender o comprender a los demás que a nosotros mismos. Quizá es más importante para nosotros lo primero que lo segundo, o puede que no sea posible lo segundo sin lo primero.

Hay otras neuronas, éstas alojadas en la amígdala (donde no hay neuronas espejo), llamadas «de simulación» o «*mindreading*», que juegan un papel mucho más fino a la hora de predecir el comportamiento ajeno.⁶ Estas neuronas parecen tener una importante función dentro de la conducta social, ya que tratan de predecir el comportamiento y las decisiones del otro antes de que éstas se produzcan. Cumplen su misión en la medida en que logran leer los sentimientos y puntos de vista de otros a través de la expresión facial.

Volviendo a la cuestión del lenguaje, aunque estos tipos de neuronas han arrojado bastante luz sobre la forma biológica en la que comienza a desarrollarse, resulta complejo entender cuál es el papel del lenguaje en sí en el desarrollo del pensamiento y del pensamiento en el desarrollo del lenguaje. Es la vieja historia de la gallina y el huevo.

El otro lado de la Luna

En 1934 se publicó *Pensamiento y lenguaje*, un libro que, a día de hoy, sigue siendo una importante base sobre la que entender las funciones cognitivas del ser humano.

Su autor, Lev Wygotski, falleció muy poco después, a los treinta y siete años, dejando tras de sí una obra enorme, esencial y, aún en gran parte, inédita.

6. De un trabajo de Fabian Grabenhorst titulado «Neuronas para la cognición social», en *Mente y cerebro*, nº 103.

Entre los investigadores actuales, los postulados de Wygotski aportan un camino válido sobre el que transitar, y una de las razones es que sus experimentos han podido replicarse con idénticos resultados. Si las neuronas espejo son, de alguna manera, la parte genética del lenguaje, Wygotski revela cuán vasta es su parte epigenética y hasta qué punto el lenguaje es determinante en la transformación del pensamiento... y viceversa.

Los escritos de Wygotski han tenido importantes repercusiones sobre un conjunto muy amplio de elementos, incluyendo a la propia psicología como disciplina. Cuestiona los postulados de Jean Piaget en *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, e igualmente critica que la psicología se enfoque en estudiar por separado las funciones psicológicas en lugar de verlas como un sistema de elementos interrelacionados, imposibles de comprender individualmente sin tener en cuenta las otras. Una conclusión a la que muchos psicólogos, filósofos y antropólogos también están llegando. Sin embargo, para no desviar el tema de este trabajo, nos centraremos en las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje que trata en su obra *Pensamiento y lenguaje* (valga la redundancia).

A través de los estudios que realizó con niños, Wygotski llegó a la conclusión de que no sólo hay una relación entre el pensar y el hablar, también observó cómo pensamiento y lenguaje pueden transformarse el uno en el otro:

«El pensamiento y la palabra no están cortados por el mismo patrón. En cierto sentido, hay entre ellos más bien una contradicción que una concordancia. La estructura del lenguaje no es el simple reflejo especular de la estructura del pensamiento. Por eso el pensamiento no puede usar el lenguaje como un traje a medida. El lenguaje no expresa el pensamiento puro. El pensamiento se reestructura y se modifica al transformarse en lenguaje. El pensamiento no se expresa en la palabra, sino que se realiza en ella».⁷

7. Para la mayoría de las referencias a Wygotsky, me he basado en una tesis de Duque, M.P. y Packer, M.J. titulada *Pensamiento y lenguaje. El proyecto de Vygotzky para resolver la crisis de la psicología*.

Es necesario explicar brevemente en qué consisten los tipos de lenguaje a los que se va a referir Wygotski:⁸

- Social: es la forma externa del lenguaje, la que usamos para comunicarnos con el resto de seres humanos y que los niños empiezan a desarrollar a partir de los dos años de edad.
- Autodirigido o egocéntrico: el lenguaje externo que empleamos con nosotros mismos. Nos ayuda a enfocar el pensamiento en lo que hacemos para resolver alguna tarea. Comienza a desarrollarse a partir de los tres años.
- Interno: no es externo ni, por tanto, audible. Es el habla silenciosa que realizamos internamente; es vital para el desarrollo cognitivo y, por tanto, para el pensamiento. Se considera que se establece a partir de los siete años.

Mientras que Piaget sostenía que el lenguaje egocéntrico tiende a desaparecer, Wygotski consideró que no sólo no desaparece, sino que es una fase necesaria para pasar del lenguaje social al interno (algunos adultos todavía lo usamos al tratar de resolver alguna cuestión difícil). Cuando el niño pronuncia sus primeras palabras, lo hace dirigiéndose a los otros con la intención de comunicar algo. Luego, cuando el niño dirige esas palabras a sí mismo, no lo hará para comunicar, sino para enfocar su propia conducta, así que, de alguna manera, sigue siendo un lenguaje social, pero que está orientando al niño en su proceso de individualización.

Durante el desarrollo del lenguaje social, cuando el niño tiene aproximadamente dos años, ocurre algo. Hay un «destello» en la mente del pequeño que le hace establecer una relación entre los objetos y su símbolo. Esta «función simbólica» tiene una importancia excepcional. No es algo que ocurra de repente, sino que requiere un proceso en el que esa conexión se va asentando en el niño. La cosa no es tan simple como relacionar la palabra con el objeto al que representa. Lo que comienza a gestarse en ese momento es el desarrollo

8. Basado en un esquema escrito por Carlos Vergara y publicado en www.actualidadpsicologia.com/vygotsky-teoria-sociocultural

de los conceptos. Las cosas no son sólo cosas, ni las palabras sólo una manera de referirse a ellas, hay algo dentro de ellas (de las palabras y de las cosas), hay un significado. Ese significado no es rígido, puede crecer, ampliarse y hacerse más y más profundo, abarcando desde elementos sencillos a conceptos abstractos, desde los simples signos a símbolos complejos.

Para Wygotski, el significado de la palabra o, dicho de otra manera, su aspecto interno, no es algo evidente, sino que permanece oculto a nuestra vista como «el otro lado de la Luna». Así, el significado de las palabras es la unidad desde la que es preciso analizar el pensamiento y la palabra. No sabemos si Wygotski conoció o no la anécdota de Confucio, pero sin quererlo se estaba aproximando a lo que el venerable sabio chino había propuesto más de dos mil años antes sobre la rectificación de los nombres y el objeto del lenguaje.

¿Por qué los monos no aprendieron a hablar?

Unos cuantos años antes de que Francine Patterson comenzara a trabajar con Koko, Washoe, una chimpancé nacida en 1965, tuvo el honor de ser la primera primate en aprender lenguaje de signos. En 1966, los doctores Allen y Beatrix Gardner adoptaron a la joven Washoe y la llevaron a vivir con ellos. La trataron como si fuera una niña humana, lo que sin duda contribuyó al enorme logro de Washoe. Años más tarde, se trató de replicar el experimento en un entorno de laboratorio con un chimpancé llamado Nim, pero la falta de estímulos y experiencias dentro de la cultura humana fueron determinantes en el estrepitoso fracaso de ese intento.

Washoe llegó a aprender unas 350 palabras en lengua de signos, y era capaz de construir frases de cierta complejidad usando lo que se denomina como «categorías naturales del lenguaje», así que ella podía entender, por ejemplo, que la palabra «vaso» no se refería a un vaso concreto, sino a todos los vasos. Wygotski no conoció ni a Washoe ni a Koko, pero en su tiempo también se sintió atraído por los experimentos que se realizaban para enseñar a hablar a chimpancés y analizó los resultados de algunos de ellos. Wygotsky señaló entonces que la

razón por la que no podían hablar era que su lenguaje y su inteligencia funcionaban de manera independiente. Ya entonces, Wygotski apuntó a que mejor que estudiar su incapacidad para hablar, los investigadores deberían centrarse en estudiar su lenguaje gestual.

Si bien es cierto que los chimpancés tienen una capacidad comunicativa y una inteligencia bastante desarrolladas, Wygotski creía que carecían de tendencia intencional. Lo más cercano que tenían a la intencionalidad era su gestualidad, razón por la cual ha sido posible enseñarles a comunicarse parcialmente mediante signos, pero no mediante lenguaje oral. De hecho, una de las razones por las que los Gardner enseñaron a Washoe lengua de signos fue porque no consiguieron nada con su primer intento: la reproducción de los sonidos vocales. Este fracaso se achacó a una incapacidad fisiológica, dicho de otra manera, a la ausencia de un aparato fonador adecuado. Sin embargo, de acuerdo con la afirmación de Wygotski sobre la intencionalidad, la incapacidad del chimpancé para hablar no se debe a su deficiente aparato fonador y a la falta de capacidad imitativa (sus cerebros también cuentan con neuronas espejo), sino a que no pueden manejar los signos de manera funcional.

La clave estaría en entender que, en los chimpancés, las funciones del lenguaje y el pensamiento están poco relacionadas. Así que no podríamos hablar de que su desarrollo sea inferior al del hombre, sino limitado. Ellos estarían en una fase prelingüística de su desarrollo intelectual y, al mismo tiempo, en una fase preintelectual en lo que se refiere al desarrollo del lenguaje.

Sobre esto, el filósofo, matemático y lingüista austríaco Ludvig Wittgenstein decía:

«Ocasionalmente se dice: los animales no hablan porque les falta la capacidad mental. Y esto significa: «no piensan y por eso no hablan». Pero: ellos simplemente no hablan. O mejor: no usan el lenguaje –si prescindimos de las formas más primitivas del lenguaje–. Ordenar, preguntar, narrar, conversar pertenecen a nuestra historia natural tanto como andar, comer, beber, jugar».⁹

9. Del libro de Ludvig Wittgenstein *Investigaciones filosóficas*.

Aunque compartimos el 95 % del ADN con los grandes simios, parece que en ese 5 % exclusivo del ser humano hay muchos más interrogantes de los que somos capaces de resolver. Se han realizado numerosos experimentos tanto con primates como con mamíferos marinos, y se ha constatado que existe una forma de lenguaje adaptado a las circunstancias vitales, naturales y sociales de cada especie. De alguna manera, estos lenguajes, como el lenguaje «musical» de las ballenas, se adaptan a las características del entorno en que se desarrollan y viven. Así que no somos, ni mucho menos, el único ser del planeta que usa un lenguaje para comunicarse, pero sí los únicos que usan el lenguaje para reflexionar sobre su entorno y sobre ellos mismos como resultado de la aparición del mayor misterio de todos: la conciencia.

Como en los chimpancés, durante los primeros meses de vida del niño, pensamiento y lenguaje se encuentran separados, pero alrededor de los dos años, ocurre algo. Wygostki lo explica así:

«En un determinado momento, a edad temprana, hacia los dos años, las líneas de desarrollo del pensamiento y el lenguaje, hasta entonces ajenas la una de la otra, se encuentran y coinciden, dando comienzo a una forma totalmente nueva de comportamiento exclusivamente humano».

A partir de ahí, justo desde el momento en que el niño empieza a nombrar los objetos, el lenguaje comienza a expresar el pensamiento y, a su vez, el pensamiento a expresarse mediante el lenguaje.

El proceso continúa durante casi toda la vida generando asociaciones cada vez más complejas, dependientes a su vez de la capacidad de cada persona para adentrarse en esa complejidad a través del universo simbólico. Gracias a eso, por ejemplo, podemos crear y entender la poesía, que utiliza las palabras para generar imágenes simbólicas capaces de evocar en nosotros emociones y sentimientos. Y esto es posible porque mientras que para un niño de dos años la palabra vaso se refiere sólo a un vaso, un adulto puede asociar el vaso con su capacidad para contener agua y, después, asociar el agua a la vida.

Como curiosidad etimológica, la raíz indoeuropea **kerd-**, traducida como *corazón*, de donde provienen palabras como cordial, coraje,

concordia, misericordia o recordar, derivó en la lengua latina en la palabra *crēdō*, que significa poner confianza, creer, confiar. Otra raíz, **kerō-**, con ciertas similitudes con la anterior, se traducía literalmente por *mezclar* o *confundir*, y se usó en diversas lenguas indoeuropeas para expresar la idea de temperamento o de fusión, pero también de «vaso», de hecho, la palabra griega *crátera* viene de ahí, y su significado es el de una vasija donde se mezclaba el vino con el agua. Platón llegó a describir el corazón como el *nudo de los vasos*, y los egipcios usaron una vasija para representar al corazón, entendido como el asiento de la conciencia, los pensamientos y el conocimiento, porque en esa vasija es donde se guardan y entremezclan las experiencias vividas y desde donde las personas comunicamos a los demás lo que tenemos dentro, porque no hay un «yo» sin un «nosotros» (los egipcios entendían que para informar verazmente era necesario el corazón, y en la cábala hebrea, la sephira Binah representaba al mismo tiempo el corazón y la inteligencia). Todo eso, en definitiva, es la vida. Ninguna de estas derivaciones y extensiones que relacionan una palabra tan sencilla como «vaso» con algo tan complejo como la vida sería posible sin la profunda capacidad de abstracción que puede alcanzar el pensamiento humano.

La cuestión es que aunque tenemos la capacidad de simbolizar y de interpretar los símbolos, esa capacidad hay que desarrollarla, y ese desarrollo es esencialmente cultural. El pensamiento verbal no es natural, es fruto de un proceso de aprendizaje que se enmarca dentro de un contexto cultural que sólo es posible por la existencia de la conciencia humana. Así, en línea con Wygotsky podríamos afirmar que la cultura e historia humanas son las responsables de las funciones psicológicas superiores en el hombre.

Existe, sin embargo, una corriente de pensamiento que vincula más concretamente las relaciones sociales de los primeros seres humanos, en el contexto de las urbes primitivas, con la aparición de las funciones superiores del pensamiento, aunque no parece que se trate de teorías excluyentes, sino que podrían perfectamente concurrir diversos factores en el desarrollo de las funciones superiores, de la misma manera que el surgir (por razones que aún se desconocen) de la conciencia incide en el desarrollo y expansión de dichas funciones.

De momento, las investigaciones más recientes con primates respaldan las conclusiones de Wygotsky frente a las de Piaget. Dichas investigaciones no sólo prueban que el pensamiento verbal no es natural, sino que remarcan las diferencias con los humanos: los primates pueden establecer relaciones si éstas guardan relación con su experiencia vital, pero sólo los humanos pueden ir más allá de esas relaciones, descubriendo las causas y las consecuencias o, lo que es lo mismo, el ser humano puede llegar a conocer el porqué de las cosas (no sólo para detectar la causa-efecto de lo físico, también de la emotividad o del pensamiento) o establecer las intencionalidades de otros seres humanos, al igual que los demás pueden detectar nuestras intenciones (al margen de haber desarrollado «argucias» para ocultarlas a los demás). En eso, como vimos, las neuronas espejo juegan un importante papel.

La intención no se limita sólo a lanzar o captar las señales que nos indiquen si realmente le gustamos al chico del pupitre de al lado. Intención es también una proyección hacia el futuro sobre algo que queremos hacer o que deseamos que pase. La intención es lo que nos permite establecer metas vitales, da igual que sean a corto o a largo plazo, con las que trazaremos nuestra forma de relacionarnos con el entorno y con las personas que hay en él. Para Wygotski, la razón por la que hemos evolucionado hasta ese punto se debe a las actividades colaborativas del hombre. De nuevo resulta curioso observar cómo, efectivamente, las neuronas espejo se enfocan especialmente en la intencionalidad del otro, de manera que nuestras interacciones intencionales son las que retroalimentan nuestro aprendizaje y el de los demás. Nuestro lenguaje y nuestro pensamiento, por no decir nuestra mismísima conciencia, necesitan del otro para desarrollarse. Desde ese punto de vista, el egoísmo (en el sentido de alguien a quien no le importe nada que no sea uno mismo) no sólo es un defecto moral, sino una traba para el desarrollo cognitivo humano.¹⁰

10. Es importante aclarar que no nos referimos a un absoluto. Todo el mundo manifiesta cierto grado de egoísmo, incluso cuando hacemos algo por los demás por el deseo de que se nos reconozca, se nos agradezca o nos haga sentir bien, lo que no implicaría necesariamente un deprecio por el otro. Sin embargo, el egoísmo como característica predominante supone una incapacidad para reconocer, valorar y querer a otras personas.

Hablemos de conceptos

Según la RAE, un concepto puede ser:

- Una idea que concibe o forma el entendimiento.
- Una sentencia, agudeza o dicho ingenioso.
- Una opinión o un juicio.
- El crédito que se tiene de alguien o de algo.
- El aspecto, la calidad o el título de algo.
- Una representación mental asociada a un significante lingüístico.

También explica que formar un concepto es «determinar algo en la mente después de examinadas las circunstancias», y eso es algo muy importante para nosotros, porque nos permite definir las cosas, explicar lo que son, que es lo que hicieron los académicos de la RAE para poder escribir cada una de las entradas de su diccionario. Esa tarea enfocada en elementos concretos puede ser relativamente fácil. Así, la descripción de «vaso» que encontramos en el diccionario nos dice que es «una pieza cóncava de mayor o menor tamaño, capaz de contener algo». Casi todos podemos reconocer un vaso, tenga la forma y el tamaño que tenga, porque lo esencial del vaso no es el material con el que está hecho o sus dimensiones, lo esencial del vaso es su función: que sea capaz de contener algo, de la misma manera que lo esencial de un concepto es que sea capaz de definir la «esencia» del objeto al que se refiere.

Ahora bien, si definir el concepto de vaso es relativamente fácil (todas las culturas tienen su versión de vaso, todos hemos visto uno y sabemos cuál es su función), la cosa se complica cuando queremos definir cosas que no tienen existencia concreta, ni se ven, ni se pueden medir, como el amor.

Según el diccionario de la RAE, el amor es:

- Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

- Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear.

Para poder escribir estas definiciones, ha sido necesario profundizar reflexivamente en el amor a través del pensamiento, tratar de entenderlo y, después, usar las palabras más adecuadas, en el orden más adecuado, para transmitir, de la forma más adecuada, lo que es el amor, a pesar de que para que otro llegue a saber realmente lo que es, jamás le bastará con leer su definición. De hecho, sólo cuando se ha experimentado el amor, es posible no sólo definirlo, sino también comprender la magnitud de lo que su definición expresa más allá de las propias palabras.

¿Cómo hace el ser humano para formar conceptos? Según Wygotski, la creación de conceptos es la capacidad de «pasar de una percepción inmediata a una percepción generalizada», de manera que desarrollamos la habilidad de ver clases de objetos. Tras sus experimentos, describió cómo el niño aprende el desarrollo de los conceptos en tres fases donde, a su vez, existen subfases que se encadenan en un proceso, dando lugar unas a otras:

- Formación de imágenes sincréticas. En esta fase aún no se ha establecido el significado de la palabra respecto a su objeto.
- Formación de complejos. Aquí los niños ya pueden agrupar los objetos según sus características concretas y objetivas, pero todavía no se generan conexiones abstractas y lógicas. Los complejos les permiten establecer generalidades con múltiples vínculos concretos, como los que permiten entender una receta de un pastel que diga que hay que añadir tres vasos de azúcar. En este caso, «vaso» como contenedor extiende su significado a «vaso» como medida y contenido. Al final de esta etapa, aparece la formación de pseudoconceptos como paso previo y necesario para alcanzar la última etapa. Los pseudoconceptos coinciden externamente con el concepto, pero no internamente (los niños conocen la palabra y a qué corresponde, pero no el significado de la misma). Por fuera es un concepto, pero por dentro es toda-

vía un complejo. Gracias a los pseudoconceptos, niños y adultos pueden establecer una comunicación comprensible; aunque el significado atribuido al objeto sea distinto, las palabras que se asignan a los objetos es la misma, y en ese punto coincidente es donde niños y adultos pueden empezar a comunicarse.

- Formación de conceptos. Para Wygotski, esta comunicación del niño con el adulto es el detonante para el paso del pseudoconcepto al concepto, paso que tendrá lugar definitivamente en la adolescencia: «La comunicación verbal con los adultos se convierte así en un potente motor, en un poderoso factor de desarrollo de los conceptos infantiles», explica Wygotski.

El concepto surge de la relación práctica e intelectual de las personas con su entorno. Gracias al concepto, disponemos de las herramientas para pensar, ver y conocer el mundo, pero sin la palabra, esto no sería posible. La palabra, cargada con significado, adquiere un sentido que permite generalizar y resolver problemas: podemos culminar con éxito la receta del pastel, pero también podemos usar por extensión la palabra «vaso» para referirnos a los conductos por donde circula la savia vegetal o la sangre animal, o construir la frase «ahogarse en un vaso de agua» para aludir a las personas que se agobian con poca cosa.

El hecho de que el paso del pseudoconcepto al concepto tenga lugar durante la adolescencia explicaría por qué ha sido tan importante, desde tiempos muy remotos, el establecimiento de ritos de paso a esa edad. Como bien describiera Mircea Eliade,¹¹ las pruebas de iniciación enfocadas a «matar» al niño para dejar paso al adulto no sólo van acompañadas de una serie de rituales más o menos cruentos destinados a desligar al niño de su etapa infantil, sino que están fundamentalmente dirigidos a «la revelación de un secreto y de conocimientos sagrados» o, lo que es lo mismo, se les introduce en la historia mítica de la tribu, desconocida para los no iniciados, en los hechos de los seres sobrenaturales, en los antepasados y, en definitiva, en todo lo

11. Para estas referencias me he basado en el libro de Mircea Eliade *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, traducido por Miguel Portillo.

que constituye los conocimientos sagrados de su cultura, sin los cuales ellos como sociedad no podrían existir. Eliade destaca que, en algunas de estas culturas primitivas, «además de las tradiciones tribales, los novicios aprenden una nueva lengua, que utilizarán más tarde para comunicarse entre ellos». Nada de esto sería posible si el desarrollo mental de los conceptos no les hubiera capacitado para trascender las formas y adentrarse en los significados más profundos.

Hoy en día, todavía persiste la vieja creencia en teorías como la de Carl Wenicke, que afirmaba que pensar y hablar son dos procesos distintos e independientes hasta el punto de que pueden interrumpirse el uno al otro. Poco a poco, los avances en neurociencia y neurolingüística vuelven la mirada hacia Wygostki, que entendía que el significado de las palabras se encontraba en el punto donde pensamiento y lenguaje se encontraban. Así, lingüistas como Ray Jakendoff¹² coinciden no sólo en que el lenguaje permite expresar los pensamientos, sino también en que tiene influencia sobre ellos «como una especie de estructura que permite a los humanos crear conceptos complejos, cual ser vivo sin lenguaje».

El poeta sánscrito Kálidâsa ya escribió, en su gran poema *Râghuvamça*, estas bellas palabras al respecto:

«Para que mis palabras adquirieran significado pleno, reverentemente me inclino ante el señor supremo y su consorte, progenitores del universo, que están siempre unidos, como lo están las palabras y su significado».¹³

12. De un artículo de Cornelius Weiller titulado «El modelo de doble ruta», publicado en la revista *Mente y cerebro*.

13. El texto que sigue está extraído del discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua en 1998 de José León Herrero, doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú y especialista en textos sánscritos. El discurso se titula *Lengua y traducción en la India*.

CAPÍTULO 2

EL CAMINO A TRAVÉS DEL ESPEJO

«Por consiguiente, no puedo saber sobre los nombres lo que es cierto y lo que no lo es. Sin embargo, estoy dispuesto a unir mis esfuerzos a los tuyos y a los de Crátilo, y a hacer posibles indagaciones con vosotros».¹

El ser humano es fundamentalmente social, pero ¿alguna vez hemos preguntado por qué? No es una pregunta de fácil respuesta. Es más sencillo verificar que, en la práctica, lo somos; y que cuando por alguna razón no se produce una socialización adecuada, es altamente frecuente encontrar vinculados problemas de desarrollo cognitivo y emocional, tal y como se ha visto en los pocos casos documentados y fiables sobre niños salvajes, niños que han pasado parte de su vida aislados, especialmente durante las etapas más cruciales de su desarrollo.

Diversos estudios apoyan la idea de que a menor relación social, más problemas de salud y más riesgo de fallecimiento.² Abundan también los trabajos que vinculan el mejor funcionamiento psiconeuroendocrino con las relaciones sociales, entre otros muchos factores.³

1. Del *Crátilo*, de Platón

2. Algunos de los trabajos diversos en los que me he basado para dicho tema son <https://theconversation.com/afecta-el-aislamiento-a-nuestro-cerebro-136027> y <https://cenie.eu/es/blog/9-datos-sobre-el-aislamiento-que-debes-conocer>, por citar algunos.

3. Uno de esos trabajos es *Psiconeuroendocrinoinmunología: reclamo de una visión integral en los estudios médicos*, de Pérez de Alejo, L.M.; Moré, C.X.; Álvarez, Y.G. & Alemán, A. (2019) ISSN 2077-2874, de la Universidad de Ciencias Médicas de Villa Clara, Cuba. Hay muchos más estudios que coinciden en esto.

Quizá nunca sepamos verdaderamente por qué necesitamos de los demás, pero lo cierto es que cuando Aristóteles dijo que «el ser humano es social por naturaleza», evidenciaba una interesante verdad. El caso, paradójicamente, es que no sólo necesitamos a los demás para vivir y sobrevivir, también los necesitamos para desarrollarnos como individuos. El mismo Aristóteles afirmó también lo siguiente:

«La razón por la cual el hombre es, más que la abeja o cualquier animal gregario, un animal social es evidente: la naturaleza, como solemos decir, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. La voz es signo del dolor y del placer, y por eso la tienen también los demás animales, pues su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer y significársela unos a otros; pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es exclusivo del hombre, frente a los demás animales, el tener, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad».⁴

Así como que:

«El ser humano es un ser social por naturaleza, y el insocial por naturaleza y no por azar o es mal humano o más que humano (...). La sociedad es por naturaleza anterior al individuo (...) el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada para su propia suficiencia, no es miembro de la sociedad, sino una bestia o un dios».⁵

Es evidente que no somos dioses, por mucho que alguno así se lo crea, y que tampoco somos bestias, por mucho que algunos lo parezcan. Hemos vivido en sociedad prácticamente desde el principio de la humanidad. Hemos levantado ciudades y hemos establecido leyes para garantizar la convivencia de acuerdo con lo que se ha considerado bueno y malo, justo e injusto, en la medida en la que pudimos valo-

4. De la *Política*, de Aristóteles.

5. De un artículo revisado por Ever Arrieta titulado «El hombre es un ser social por naturaleza» y publicado en la web www.culturagenial.com

rar que había unos comportamientos y acciones más adecuados que otros. La psicóloga e investigadora cognitiva Eleanor Rosch, no muy lejos de las afirmaciones de Wygotski, remarca justamente lo esencial del desarrollo de una vida social adecuada:

«Los conceptos no se dan en aislamiento, sino en un contexto que incluye tanto las circunstancias en las que quien lo concibe se encuentra como todo lo que hay en la base de su conocimiento».

Por eso la vida en sociedad va mucho más allá de la mera supervivencia: está en la raíz misma del desarrollo humano. Así es como se da esa paradoja de la vida social como elemento indispensable para la individualización: lo que un niño es capaz de hacer interactuando con otros, luego va a poder hacerlo por sí mismo.

La tecnificación de la sociedad, si bien ha ayudado a mejorar la calidad de vida de algunas personas en algunas sociedades,⁶ ha traído por contra consecuencias no tan buenas para el desarrollo cognitivo, en especial el de los niños y los adolescentes.⁷ Los más recientes estudios demuestran que entre los efectos perjudiciales de la exposición temprana a todo tipo de pantallas está el empobrecimiento del lenguaje, los problemas de atención y la fragmentación del sueño. Incluso, aunque se insiste frecuentemente en la necesidad de dotar las aulas de recursos digitales y tecnificar más y más la enseñanza, la realidad es que el aprendizaje directo a través de otro ser humano no tiene competencia posible con ningún vídeo que podamos ver a través de YouTube, por ejemplo. Si una persona enseña directamente una determinada acción (abrir una caja, colocar un objeto en una mesa...) a un niño de dos años, el niño lo imitará con facilidad, pero el aprendizaje no se producirá con la misma intensidad si el niño ve la misma acción por medio de una pantalla.⁸

6. En las sociedades en las que existe acceso a esa tecnificación, evidentemente.

7. Basado en un artículo del neurólogo francés Michel Desmurget titulado «Cómo las pantallas perjudican el cerebro de nuestros hijos».

8. Habrá, sin duda, quien afirme convencido que un niño estará mucho más motivado en función de cómo se le muestre la información, por lo que la enseñanza por medio de las TICs puede ser más fácil de asimilar por el niño. Sin embargo,